

## LAS HAZAÑAS DE SANSÓN

Diversos incidentes han ocurrido a Israel durante la primera mitad del siglo XI a. C. Para esta época los cananeos se han resignado a su suerte de pueblo conquistado y, al menos provisionalmente, los nómadas del desierto están tranquilos. Sin embargo, otro enemigo va a imponerse a la atención de Israel. Representará tal amenaza que después de peligros terribles, el pueblo elegido sentirá con urgencia la necesidad de la unión nacional y de organizarse como Estado. Este nuevo enemigo son los filisteos.

Después de que Ramsés III los había rechazado de Egipto, los arios, instalados sobre la costa cananea, no habían cesado de progresar. Eran como una mancha de aceite en torno a la montaña, penetrando en los territorios donde la tribu de Judá cultivaba apaciblemente su cebada y en aquellos en que Dan se encontraba se encontraba, más y más estrechado, irritado por su invasión. ¿Qué hacer ante esto? No gran cosa. Israel aborrecía, en el filisteo, al hombre extranjero, al idólatra no circunciso. Pero la vieja prudencia de este pueblo lo llevaba a reconocer que ante tales hombres de gran estatura, armados de sólidas espadas de fierro, montados en sus carros formidables, lo único sabio era curvar su espalda a la espera de nuevas oportunidades. Robados, explotados, sometidos, los israelitas soñaban la hora en que pudieran tomar la revancha. Ésta tardaría aún.

Ya un cierto Shamgar, armado de una aguijada de bueyes había hecho sentir su fuerza a los filisteos. Pero el héroe de la lucha contra los filisteos es Sansón, héroe popular, lleno de fuerza y de astucia que mata alegremente a un millar de enemigos, pero se deja también embaucar por las mujeres... ¡Servidor exhaustivo de Yahvé, fanático de la justa causa, pero que no se le pida obedecer a morales estrictas! Enemistados y todo, hebreos y filisteos se unían a veces en matrimonio. Dalila encarna, hermosa traidora, el hechizo de esas deplorables uniones.

En la tribu de Dan, una piadosa pareja que no había tenido hijos porque la mujer era estéril, recibió una visita singular. Un desconocido que rehusó decir su nombre, declarándolo inefable, se acercó a ellos en el campo. Al invitarlo a comer, les dijo: "Haríais mejor en ofrecer el cabrito que queréis prepararme a Yahvé"; y en el momento en que ardía el holocausto, el huésped innominado se elevó en la llama y desapareció en el cielo. Les había anunciado que esperarían un

hijo y que éste sería bendecido por Dios a quien habrían de consagrarlo: la seña de su consagración sería que nunca debería rasurar su cabellera.

Sansón, “el pequeño sol”, creció. Las siete tranzas de su cabeza eran garantía de su fuerza, que le venía de Dios. Se convirtió en un gigante capaz de enfrentarse a los más grandes filisteos. Nadie pudo enfrentarlo; de ordinario benévolo, tenía cóleras terribles, fértiles en ardides. Habiéndose prendado de una filisteo decidió tomarla por esposa. Al ir en su busca, se topó con un leoncillo amenazador al que a mano limpia despedazó como si fuera un cabrito. Sansón habló con la mujer y ésta le agradó. Cuando volvió para casarse con ella “vio que en el cuerpo del león había un enjambre de abejas con miel; la recogió en su mano y él y sus padres comieron de ella. El día de la boda, animados por el vino, Sansón y sus treinta acompañantes jugaron a lo que era costumbre entre los arios primitivos: proponerse mutuamente adivinanzas. Sansón apostó treinta túnicas y treinta mudas si la suya: “del que come salió comida y del fuerte salió dulzura”, era adivinada durante los siete días de las fiestas nupciales. Amenazada por sus hermanos de raza, la mujer de Sansón logró que éste le diera la clave de la adivinanza y la comunicó a aquellos. A pesar de saber la razón de su pérdida, Sansón la reconoció y para cumplir lo ofrecido, bajó a la ciudad vecina, mató a treinta filisteos y con las vestiduras de éstos redimió la deuda. Este incidente empeoró las relaciones entre Sansón y los filisteos. Tiempo después, en los días de la siega, Sansón vino a visitar a su mujer y la encontró desposada con uno de los acompañantes de la boda. Para vengarse “cazó trescientas zorras, y juntándolas cola con cola, puso una tea encendida entre cada dos colas; luego las soltó por las mieses de los filisteos incendiando así las gavillas, el trigo en pie, viñas y olivares.

Estas bravas reacciones de Sansón dieron como resultado que los filisteos hicieran que los hombres de Judá, que preferían la sumisión a los golpes, les entregaran a Sansón. El héroe se dejó amarrar y llevar como buen muchacho, pero, apenas estuvo en poder de sus adversarios, hizo saltar las ataduras como “hilos de lino que se queman al fuego”; “encontró una quijada de asno todavía fresca, la cogió y mató con ella a mil hombres”. Desde entonces, su audacia no conoció límites. Provocó a los filisteos en un continuo desafío. Un día, se supo en Gaza que Sansón estaba con una meretriz. Se le acecha a las puertas de la ciudad. Parece no tener escapatoria. Sansón se levantó a media noche, arrancó las puertas de la ciudad con sus dos jambas y su barra, las cargó a su espalda y subió hasta la cumbre de la montaña, donde las dejó.

Sólo una mujer logra vencer al santo energúmeno. Enamorado una vez más, cae bajo el imperio de Dalila. Los filisteos lo espían durante las visitas que hace a ésta. Le prometen una fuerte suma de dinero si obtiene de Sansón el secreto de su fuerza. El héroe resiste los ruegos de Dalila, lleno de desconfianza. Le miente varias veces, engañando a ella ya los filisteos. Finalmente, cansado por los reproches de Dalila, le confiesa: “La navaja jamás ha pasado por mi cabeza, porque estoy consagrado a Dios”. No queda a la traidora sino dormirlo sobre sus rodillas, hacerle cortar las siete trenzas y llamar a los filisteos. Desarmado, Sansón se debate furioso, tal como Rubens lo representa en una de sus obras maestras. Se le sacan los ojos. Ya no es sino un bufón para divertir a la gente.

Sin embargo, Yahvé, invocado noblemente por su fiel, le permite una última venganza. Habiendo sido llevado éste a una reunión para divertir a la gente con el espectáculo de su debilidad, hizo que se le colocase donde pudiera tocar las columnas centrales de la casa. Sus cabellos habían crecido y había recuperado su fuerza. Apoyado en las columnas, empujó con todas sus fuerzas y la casa se derrumbó sobre los tiranos y sobre hombres y mujeres ahí reunidos. “Los muertos que mató al morir fueron más que los que había matado en su vida”.

Extraño y patético destino el de este héroe. Excesivo, truculento, parece escapar a la norma de los hombres y pertenecer, más que a la historia, a una novela picaresca. Pero, al mismo tiempo y con una fuerza de verdad singular, entra en ese orden misterioso de la conciencia en el que todo hombre libra combates parecidos a los suyos, y en el que el enemigo a vencer es la tentación secreta, el pecado. Débil como el último de los mortales, se debate en medio de acechanzas que nosotros ignoramos. Más que sus hazañas, lo que le da su verdadera talla, es el sufrimiento, la belleza trágica de sus últimos instantes, y, a través de lo pintoresco de su historia, lo que se percibe es el drama mismo del hombre: debilitado por la falta, pero vigorizado por la expiación.

Sansón quedará como uno de los héroes más célebres del pueblo elegido. Los aedas transmitirán su gloria de generación en generación, aunque históricamente su acción no haya sido decisiva. Los filisteos, en efecto, seguirán ganando terreno hasta el día en que Israel, ya constituido en reino, se mida con ellos.